

Encontrarse perdido

Ramón Castillo

QUIZÁ LAS MAYORES CERTEZAS que tengamos en nuestra vida sean las procuradas por el desasosiego. Si algo nos hermana como género humano, con mucha mayor contundencia que los exabruptos de la alegría o la pasión, es sin duda la constancia de que en algún sereno punto de la existencia sabremos que no sabemos nada, que nuestro arbitrio está signado, la mayor parte del tiempo, por la urgencia y no tanto por el dominio de nosotros o del mundo que nos rodea. Es motivo de sospecha que alguien afirme que nunca ha vivido ese momento de ingravidez y desconcierto. Tal vez lo nieguen, pero quien no ha dudado no ha vivido. De cualquier forma, por salud mental y espiritual, siempre se habrá de tener desconfianza de aquellos que tengan determinado, de manera rectilínea y eficaz, el rumbo de su marcha.

La caracterización del obseso del orden y el control sugiere que éste pretende domesticar, de manera por demás neurótica y por ello de antemano fracasada, las vicisitudes inherentes al movimiento pendular de los días. Sin embargo, en su interior, este espécimen alberga confianza en la indeterminación que arruine sus planes, pues sólo así puede comenzar, una vez más, la tortuosa planificación de su agenda. De forma tal que los extremos se comunican. La rigidez y el descuido son los dos extremos de una banda torcida sobre sí.

Por ello, lo único que nos salva y unifica es la capacidad de pérdida. Bajo la capa de planes detallados de los maniáticos del orden, todos compartimos el temblor, entre emoción y miedo, de la pérdida de sí, aquello



Leonardo da Vinci,
Estudio de la cabeza de un apóstol,
1494 - 1498

que George Bataille define en *El erotismo* como la disolución.

El disoluto es aquel que se confunde, como una gota de semen en el mar, en la plenitud del ser, el que diluye sus barreras y se pierde en algo más grande, más potente e inabarcable, ese sustrato que nadie atina a nombrar o definir y que, no obstante, nos propulsa, en menor o mayor medida, a transgredir el orden, la quietud, el pundonor. Aquel río subterráneo de incandescencia es lo que da calor a nuestras venas, lo que anima nuestras ebriedades y que, sin duda, lubrica cada uno de nuestros deseos.

Invariablemente, el titubeo refleja más salud que la fe ciega, mientras que la pérdida del rumbo habla mejor de un espíritu andariego que de una mente clara y distinta. Por principio, descubrirse en medio del caos y carecer de una explicación que supere las vicisitudes de las contingencias inmediatas es, en el clamor del sinsentido, un goce tremebundo a la vez

que iluminador. Reconocer nuestra falta de rumbo es saberse sin brújula, pero al mismo tiempo, ser el feliz dueño de la indefinición propia. En otras palabras, es el pico más alto de la verdadera libertad, una alegría que desafía las definiciones mostrencas, ofensivas y estereotipadas. Hablamos de una rama más descarnada y auténtica de la experiencia: sonreír de frente al despeñadero.

A este respecto, salir en busca de la tesitura íntima, del espíritu inquebrantable de lo que somos parece una proeza de loable y necesaria realización. Sin embargo, la vida tiene mucho de cuestionamiento, pero poco de respuesta; o, si acaso las hay, son del tipo de un encuentro azaroso, violento e imprevisto. Tenemos, entonces, que los encuentros que sí se hacen presentes son los que minan el camino de dudas y titubeos. Al igual que una ominosa resaca, tales pasajes nos dejan con más temores que seguridad. El registro de nuestra marcha se ciñe muy pocas veces a las certezas de las que disponemos; por el contrario, la indeterminación tiene mayor cercanía con nuestros recorridos cotidianos y, por ende, su presencia es un motivo constante, muy a pesar de que sean variados los intentos por desterrar su presencia del panorama cotidiano.

Lo cierto es que el encuentro siempre tiene una carga extraña e incómoda, casi en todo momento, irreconocible o inexplicable. Spinoza organizaba el mundo de forma por demás diáfana cuando sugería encuentros de dos naturalezas: los positivos y los negativos. Surge la duda, a partir de tal clasificación, de si en caso de que fuera posible encontrarse a sí mismo, esto es, localizar el núcleo inasible que cohesiona la identidad personal, a qué tipo de encuentro nos estaríamos enfrentando. Nada indica que si encontráramos la clave de nuestra intimidad, esa efímera búsqueda alentada por los mismos que saben bien poco al respecto, seríamos más o menos felices.

Por el contrario, la experiencia dicta que todo encuentro vacila entre el afortunado hallazgo y el macanazo implacable de las circunstancias sobre nuestras expecta-



tivas. Caricia y golpe, emoción y descalabro, así vamos, de encuentro en encuentro, pretendiendo encontrarnos a nosotros mismos y al mundo en el que nos hundimos o sostenemos, sin tener idea de con qué estamos lidiando. Por otro lado, la incertidumbre es una oportunidad de mayores proporciones cuya fuerza radica en la posibilidad de elegir caminos siempre abiertos, huir hacia lo desconocido, disolverse en las grietas de la realidad.

Si bien la tranquilidad de lo determinado es seductora, con franqueza hay que admitir que su opuesto juega un papel con mayores promesas. Al menos, de entrada, siempre será más efectivo un coqueteo que una promesa. El resquicio de lo que quizá ocurra es más sugerente que la certeza de que, efectivamente, así serán las cosas. Dejar un poco o mucho de la vida al capricho del sino es esencial como una forma de tensar los confines de nuestro universo, tantear —un verbo que ilustra el paso a ciegas del que toca y experimenta con cada paso que da— el afuera delimitado por el miedo.

Es necesario desterrar la amable y poco realista imagen del que sale a buscar algo, el que sale al encuentro con la vida, diría un cursi, e imponer esa otra que reconoce que lo que nos sale al paso es de naturaleza más agresiva, menos plácida y por ello más vívida. Los verdaderos encuentros, aquellos que cambian de manera drástica algo en nosotros, se caracterizan por utilizarnos como costal de boxeo y en nada se parecen a una amable cita para charlar sobre el clima o la política, esos dos tópicos infames a los que recurren los que no tienen nada de qué hablar.

El viaje interno se suele imaginar como una travesía entre los meandros de nuestra sensibilidad, imaginación y conocimientos cuando es más una suerte de choque continuo con la materia indomable de lo desconocido que hay en nosotros. El que se busca no sabe lo que busca, lo que encuentra casi siempre es algo tan insondable como la ignorancia que pretendía subsanar. Los encuentros no sólo se caracterizan por su gratuidad sino también por el impacto que doblé



Leonardo da Vinci, *Estudio de una cabeza de mujer*, 1490

nuestra atención forzándonos a confrontar un aspecto que en todo momento se impone como doloroso, arrebatado e indomeñable.

Corregir el estilo de la escritura, dice Vila-Matas, es un poco corregirse a sí mismo, corregir la vida o, mejor dicho, pretender aplicar un cierto orden en ella. Sin embargo, es ineludible aceptar que la voz personal se construye mediante un proceso de demolición más que por un mecanismo de pulimiento. La tesisura se impone, acaso se educa con timidez y disciplina, pero no se puede cambiar. Pese a todos los afanes, sabemos más bien poco de nosotros mismos y la mayor parte es sólo una invención propia con el fin de aquietar los temores nocturnos. El disoluto sabe tan poco de sí como cualquier otro, pero su ventaja consiste en afirmar, de forma paradójica, este desconocimiento como función primaria para autoexplorarse, para reconocer, aunque sea a tientas, los bordes irregulares de su psique y ferocidad.

Llegados a ese punto en el que descubrimos que en lugar de cosechar certezas nos alimentamos de perplejidades, se constata la dimensión amplia de nuestra imprecisión, el carácter de bosquejo o borrador nunca cumplido, jamás resuelto y siempre en constante rehechura. Quizá la imagen parezca poco amable o difícil de reconciliar, pero en ella reside la promesa amorfa del todo. No hay manera de evitarlo, el encuentro será ineludible y feroz. ■■